



Capítulo 322 - ... ¿Cuándo fue maldecido?

La sala de vigilancia estaba fría, bañada por una penumbra azulada, iluminada únicamente por runas flotantes sobre paneles de cristal negro. Ecos de vibraciones arcanas corrían a través de las paredes, cada una pulsando con fragmentos de lo que estaba sucediendo más allá... La celda más profunda, más maldita, más trágica de toda la prisión yacía ante ella.

Sepphirothy permaneció inmóvil.

Su silueta se proyectaba contra el cristal encantado que revelaba, como una ventana a un infierno personal, la celda que nunca debía ser utilizada... un espacio sellado reservado sólo para abominaciones desesperadas.

Y ahora... allí estaba.

Su hijo.

Vergil.

Arrodillado en el centro del suelo de obsidiana, su cuerpo atravesado por espadas demoníacas de sellado con hojas rúnicas, clavadas con cruel precisión. Cada uno vibraba con runas incandescentes, escritas en lenguas demoníacas, que contenían lo imposible: el poder de un ser que ya había superado el límite de lo que un cuerpo —o un alma— podía soportar.

Las cadenas, forjadas en el núcleo de las sombras abisales, eran demasiado apretadas. Alrededor de sus brazos, piernas, pecho, hombros, cuello. Como





serpientes voraces, lo derribaron. No para encarcelarlo—sino para impedirle existir libremente.

El suelo a su alrededor estaba agrietado. Fisuras como venas negras irradiaban debajo de él, como si el mundo mismo luchara por soportar el peso de esa presencia.

Y Virgilio... no se movió.

Cabeza inclinada. Su cabello blanco y despeinado caía como un velo manchado de sangre seca y sudor, oscureciendo su rostro. Tenía los ojos cerrados. Pero su pecho se elevó y cayó a un ritmo profundo, lento y doloroso.

Él estaba vivo. Pero nada en él parecía vivo.

Un cadáver atrapado entre la vida y la muerte.

"Cuando creé esta prisión..." Sepphirothy finalmente habló, con la voz baja, casi ahogada por su propia garganta. Nunca imaginé... que mi propio hijo estaría en la celda más peligrosa de todas...

La sentencia murió antes de llegar a su fin. Como si cada palabra doliera demasiado para decirla.

Se apartó del cristal por un momento, contemplando el tembloroso reflejo de sí misma. Sus ojos estaban cansados. Una entidad que había atravesado épocas sin flaquear. Pero ahora, ver a quien había dado a luz... como un arma condenada dentro de su propia creación...

Fue una pesadilla. Una pesadilla que ella misma había construido.





"Perdóname..." susurró, insegura de si le estaba pidiendo perdón a él, a ella misma o al cruel destino que no podía evitar.

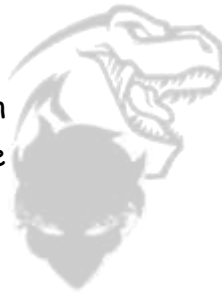
Una presencia se acercó por detrás—firme, como una espada desenvainada.

"No es tu culpa." La voz era baja, contenida... pero cortaba como acero frío.

Sepphirothy no necesitaba darse la vuelta. Ella conocía esa voz y también su propia respiración.

Zafiro.

La mujer entró en la habitación sin ceremonias y sus agudos pasos resonaron en las paredes de piedra negra. Su aura era inquieta, eléctrica... el tipo de ansiedad que rara vez se permitía mostrar.



Sepphirothy dio una sonrisa amarga y forzada. "No necesito tu consuelo."

"No te estoy consolando." Zafiro respondió, deteniéndose a su lado. "La verdad es necesaria. Incluso cuando duele."

Ambos miraron la visión a través del espejo arcano: Virgilio, arrodillado, sellado, más espíritu que el hombre, más destrucción que el hijo. La tensión entre las dos mujeres llenó el aire como humo—pero también había algo más... solidaridad silenciosa. Dolor compartido.

"¿Están bien?" Preguntó Sepphirothy, una rara nota de vacilación en su voz. Era apenas audible, pero sincero.



"Hubo que sujetar a Katharina." Zafiro respondió, su tumba tonal. "Ada y Raphaeline todavía no lo saben. Están en un entrenamiento de aislamiento profundo y decidimos mantenerlo así por ahora. Roxanne y Stella... están tranquilas. Extrañamente tranquilo."

Suspiró, con los ojos fijos en Virgilio como si buscara una grieta, cualquier signo de conciencia, cualquier destello de ese chico testarudo, impulsivo... de verdad.

"Viviane quiere entrar", murmuró, casi con desprecio. Dijo que podría intentar usar las artes espirituales para 'reequilibrarlo'. Que tal vez, alimentando su alma con energía espiritual, el cuerpo encontraría estabilidad."

Sepphirothy no respondió. Apretó los brazos con fuerza, como si algo dentro de ella estuviera siendo aplastado.

"Amon, Astaroth, Paimon y Phenex quieren hablar con nosotros", continuó Sapphire, endureciendo su tono. "¿Pero honestamente? Ya he repasado decenas de estrategias, revisado los sellos, consultado encantamientos antiguos e incluso estudiado los archivos prohibidos de la Atlántida..."

Giró la cara y, por primera vez en siglos, había algo diferente en sus ojos. Algo que no fuera furia. O cálculo en frío. Era... miedo." Tengo un mal presentimiento."

Sepphirothy la miró de reojo. Ella conocía bien a Zafiro. La mujer era una fuerza de la naturaleza — instintiva, despiadada, directa. El tipo de ser que podría luchar con un cuerpo roto y aún así encontrar la fuerza para matar mientras sonríe. Zafiro no era supersticioso. Ella no se permitió tener miedo. Ella no sintió premoniciones.





Y esa fue exactamente la razón por la que esas palabras pesaron más que cualquier informe de guerra.

"¿Crees que lo vamos a perder?" Sepphirothy preguntó, sin apartar la vista del reflejo de su hijo.

Zafiro dudó. Fue un silencio que duró dos segundos, pero se sintió como cien años.

—No sé si... todavía está ahí —respondió finalmente. "Lo que está allí arrodillado... podría ser simplemente la cáscara. Cuando Paimon me contó lo que vio... ese no es Virgilio

Ambos volvieron la mirada hacia la celda. Y en el corazón de aquella prisión, el cuerpo inmóvil de Virgilio parecía respirar en silencio... como el preludio de algo terrible. Como la pausa antes de la erupción de un volcán que nunca debería haber existido.



"Tienes que ver esto." La voz de Paimon atravesó la habitación como una espada a través de carne cruda. Apareció de repente en la puerta, con el rostro pálido, los ojos muy abiertos con una rara urgencia — y viniendo de ella, eso significaba mucho.

"Ven. Ahora. "Es urgente", dijo, ya girando, caminando rápidamente por el pasillo de piedra bordeado de placas arcanas que pulsaban con una alarma silenciosa.

Sepphirothy y Sapphire intercambiaron una mirada durante una fracción de segundo y, sin decir palabra, la siguieron.



"¿Qué está pasando?" Preguntó Sepphirothy, ya percibiendo un cambio en el aire. Ahora había una vibración diferente. Algo vivo... y mal.

Paimon no respondió de inmediato, lo que fue aún más preocupante.

—Yo... no sé cómo explicarlo. "Es mejor que lo veáis vosotros mismos."

Entraron a la sala de monitoreo central. Era el corazón de la prisión — una catedral de tecnología y magia fusionadas, donde docenas de sensores arcanotech mapeaban incluso la más mínima fluctuación energética en los reclusos de máxima seguridad. Y en el centro, suspendido en una proyección holográfica giratoria, estaba el cuerpo de Virgilio.

El modelo 3D mostró más que sólo su cuerpo — reveló su condición completa: fisiología, energía vital, oscilaciones mágicas, integridad espiritual, señales neuronales, flujo de maná, acumulación de materia maldita... todo en tiempo real.



Sepphirothy se acercó lentamente. Algo andaba profundamente mal.

"¿Qué... es eso?" Zafiro preguntó, ya apretando los puños, con los ojos fijos en el punto más destacado del holograma: el cerebro.

Allí, donde antes había un patrón de energía neuronal complejo y vibrante, ahora sólo había... oscuridad.

Una mancha negra. Pulsante. Orgánico. Creciendo como un cáncer vivo.

Paimon amplió la proyección con un gesto. La masa negra se extendía por toda la estructura neuronal de Vergil — no sólo envolviendo su cerebro, sino



reemplazando sus funciones, bloqueando toda comunicación interna con el cuerpo. Se movía con cruel lentitud, pero deliberadamente... como si estuviera pensando.

"¿Cuándo empezó esto?" Sepphirothy preguntó, sin apartar nunca la vista de la proyección.

—Hace unas horas —respondió Paimon tenso. "Pero ahora... se está acelerando. Ya hemos probado diagnósticos espirituales, sondas mágicas e incluso necrosensores. Nada pasa. Es como... es una entidad."

"Esto no es magia normal", murmuró Sapphire, entrecerrando los ojos ante las lecturas, como si esperara que todo fuera una pesadilla a punto de desaparecer. "Esto es—"

"Maldición", interrumpió Sepphirothy abruptamente, y en ese instante, todo su cuerpo se tensó. Era como si cada célula hubiera sido encendida por una rabia antigua y visceral. Sus puños se apretaron tan fuerte que la sangre se filtró entre sus dedos.



El aire a su alrededor crepitaba.

"¿Cuándo fue maldecido?" Sapphire preguntó, su frialdad habitual colapsando bajo el peso de la incredulidad y el pánico. Por primera vez en siglos, ella parecía... humana.

"Ese miserable gusano..." Sepphirothy gruñó, sus ojos brillaban de pura furia. "...el Espectro. Él nunca quiso al Papa. Cuando el cadáver fue consumido, él... él lanzó la maldición sobre Virgilio."

Se volvió hacia Paimon, con la mirada aguda como cuchillas.



"Fue sigiloso. Astuto. Un ataque cobarde en un momento de caos. Y ahora estamos pagando el precio."

Su rabia se mezcló con la desesperación. Las paredes de la habitación comenzaron a zumbar débilmente, reaccionando a la creciente inestabilidad energética de Sepphirothy. Una sutil alarma brilló de color rojo pálido en un rincón de la habitación.

Paimon tragó fuerte.

"¡Paimón!" Zafiro ladró, levantándose abruptamente, con los ojos encendidos por una determinación inquebrantable. "Suenan las alarmas internas. El inframundo se ha visto comprometido. El Espectro maldijo a Virgilio — y lo que hay dentro de él está despertando."

Se volvió hacia Sepphirothy, con la mirada firme.

"Traeré a Uriel. Si queda alguien en el universo que pueda purgar esa maldición... es esa perra"

Sin esperar respuesta, desapareció en un estallido de luz violeta, atravesando la barrera dimensional con una fuerza brutal.

La habitación quedó en silencio por un momento.

Sólo el zumbido del holograma y las alarmas parpadeantes bañaron a Sepphirothy con una luz enfermiza. Permaneció quieta por un tiempo, con los ojos fijos en la masa negra que pulsaba en el cerebro de su hijo.





JabraScan
RexScan



Traducción : Leo

—Qué carajo está pasando... —murmuró para sí misma, con la voz ronca y quebrada.

